

—Tome usted, insistió la mujer.

—¿Pero qué es? interrogó otra vez Estéfana.

—Tome y lo sabrá.

La portera adelantó maquinalmente las manos y asió el objeto que se le presentaba; y muy luego, á la escasa luz del farol que ardía en mitad del portal, pudo darse cuenta de lo que era.

—¡Un niño! exclamó. No, de ninguna manera, lléveselo usted; no lo puedo recibir, sor Ignacia me lo ha prohibido. Hay demasiados en la Cuna y no podemos hacernos cargo de tantos. ¡Ea, señora! ¿No oye? ¡Tómelo, lléveselo!

Y diciendo así, la buena de Estéfana, uniendo la acción á la palabra, traspasó el umbral de la puerta en seguimiento de la desconocida, y salió con paso precipitado hasta el pórtico; pero ¡que si quietes! La mujer se hizo la sorda, y, apenas puesto el niño en brazos de la portera, apretó á correr como si la siguiesen los lanceros, y sin temor al viento ni á la lluvia, y metiéndose en baches y corrientes, se alejó por la calle á paso precipitado. Estéfana la siguió hasta la gradería; pero de allí no pasó, porque no quería ni podía ir más lejos. Así que, contentándose con hacer algunos ademanes inútiles, como de ofrecer á la criatura á alguien hacia adelante y en la

obscuridad, prorrumpió en altas voces diciendo:

—¡Señora, señora; llévese á su niño! ¡señora!

Esperó un poco, como si aun tuviese esperanza de convencer á la fugitiva de que aquello no podía ser; pero, al ver que la silueta se alejaba más y más é iba confundiéndose con la sombra, se dió al fin por vencida, y volviendo atrás, cerró la puerta y se internó por el Hospicio.

---

### III.

#### Matute.

Fué en derechura al aposento donde se encontraba sor Ignacia, llevando en brazos á la criatura, que iba profundamente dormida. La superiora apenas vió á Estéfana sobrecargada de aquel modo, sospechó una mala jugada.

—¿Qué es eso, Estéfana? ¿qué es lo que traes por ahí? preguntó con alarma.

—Un niño, señora, contestó la portera compungida.

—¡Cómo un niño! ¿No te tengo ordenado que no los recibas?

—Señora, no lo he recibido.

—¿Cómo no, y le traes en brazos?

—Ha sido un engaño: me lo han dejado con artificio.

—¡A otro perro con ese hueso!

—Va usted á oirlo.

Quieras que no, tuvo que escuchar la superiora el relato puntual y minucioso de lo que acababa de pasar; y mal de su grado y obedeciendo los impulsos de su generoso corazón, fué mudando de parecer á medida también que fué imponiéndose de lo ocurrido.

—Siendo así, repuso resignadamente cuando hubo concluído la narración, ¡qué se ha de hacer! No hemos de arrojar á esa criatura al arroyo. Tranquilízate, pues, mujer, no es tuya la culpa; son cosas que Dios dispone.

El diálogo había llamado la atención de las circunstantes, que habían formado corro en derredor. En el grupo se encontraba sor Marcelina, la hermana encargada de la Cuna; era joven, de cutis blanco y sonrosado, ojos garzos, labios frescos y dentadura de nácar. La blanca corneta que llevaba en la cabeza, le sentaba á maravilla, y el traje de religiosa que le ceñía el flexible talle, daba mayor realce á su hermosura. Había sido escogida para cuidar recién nacidos, por su reconocida afición á los niños: era una gloria verla acariciándolos, dándoles el biberón y vistiéndoles los paña-

les, con aquellas finas y suaves manos de nieve y rosas. Por de contado que fué ella la primera en tomar en brazos á la criatura.

—¡Qué niña más preciosa! exclamó en el colmo del entusiasmo, poniéndole suavemente el índice sobre la barbilla.

—Niño, que no niña, dijo Estéfana.

—No, replicó sor Marcelina, niña y muy niña. ¿No ve usted los finos arillos de oro que lleva en las orejas?

A la luz de los velones de sebo que aproximaron las asiladas, apareció á los ojos de todas, un angelito sonrosado, rubio, de boca de fresa y lozanos y rollizos mofletes, cuya cabeza iba resguardada por una blanca y vaporosa cofia adornada con delicados encajes, y cuyo delicado cuerpecito iba envuelto en finos pañales y joyante mantilla de seda.

—Veamos ahora si podemos averiguar cómo se llama, continuó sor Marcelina con curiosidad.

Y buscando sobre la criatura algún indicio, acabó, á fuerza de levantar tulles y gasas, por descubrir colgado del pecho, un hermoso relicario de oro, en cuyo interior, cuidadosamente doblado, se escondía un fragmento de papel, donde se veían escritas con letra de mujer, estas palabras:

“No está bautizada.—Se llamará Berta.”

—¡Preciosa, preciosísima! repitió sor Marcelina; no le irá mal el nombre.

—Para sor Marcelina todos los niños son querubines, observó sor Ignacia.

—No todos, replicó la aludida; pero esta niña sí que lo es: la más bonita de cuantas han llegado á la casa, y si no, que lo digan todas.

Y levantando en alto á la criatura, la mostró con aire de triunfo.

—¡De veras! exclamó una voz.

—¡Y tan sanita! dijo otra.

—¡Miren qué hoyuelos se le hacen á los lados de la boca! saltó la de más allá.

—Y es decente y principal, hubo quien observase.

—Eso sí, aprobó sor Ignacia. Esta niña no es india, ni hija de cocinera; es de buena raza y familia.

—¡Quién sabe qué misterio habrá en esto! pensó sor Marcelina.

Y se imaginó una historia de amor desgraciado, la caída de alguna joven honesta, la vergüenza de la falta, la necesidad de ocultarla, y la resolución de apelar á aquel doloroso extremo para conciliar la vida de la criatura con la aparente honra de la madre. Para distraerse de aquellos pensamientos, preguntó en voz alta:

—¿Qué edad podrá tener?

—Mes y medio ó dos, á lo más, repuso una de las presentes.

—No puede pasar de dos, declaró sor Ignacia.

En esto la niña, asustada sin duda por las voces y las luces, comenzó á hacer pucheros y á poco rompió á llorar con todos sus pulmones.

—¡Y qué pecho tiene! exclamó sor Marcelina celebrándole la gracia.

—Ha de tener hambre, observó una de las asiladas.

La reflexión puso seria á sor Ignacia.

—Y ¿qué hacemos ahora para alimentarla? interrogó.

—Muy sencillo; llevarla á la sala de Cuna y entregarla á una nodriza, repuso sor Marcelina.

—¿Pero á cuál? insistió la superiora. No hay ninguna disponible.

—Eso corre de mi cuenta.

—¿Pero qué va usted á hacer, sor?

—Yo me lo sé. Atilana tiene leche de sobra; su niño no basta para agotársela. A veces se queja de dolores y grietas en el seno por falta de apetito del niño, y hay necesidad de extraerle la leche con paños calientes: sería capaz de criar á la vez tres ó cuatro criaturas.

—No puede ser, replicó sor Ignacia; sería sacrificar á esa pobre mujer.

—Le sobran las fuerzas y la salud,

insistió sor Marcelina; va usted á verlo....

—En fin, se hará así por ahora, repuso sor Ignacia, puesto que no hay otro remedio.

Satisfecha de su triunfo, se disponía sor Marcelina á salir del dormitorio, cuando la detuvo sor Ignacia.

—Hay otra dificultad, le dijo. ¿Dónde la acostaremos?

—En efecto, balbuceó sor Marcelina, no tenemos más que las cunas indispensables.... Ya le improvisaremos una camita.

En esto sonó de nuevo la campanilla.

—¡Otra! dijo Estéfana con enfado; parece que se han propuesto los malos espíritus no dejarnos en paz esta noche.

—¡Tillín! ¡Tillín! volvió á gritar la campana.

—¡Y parece que les urge! observó sor Ignacia. ¡Cosa rara! ¡A estas horas!

—¿Nos hacemos las sordas? insinuó Estéfana.

Un nuevo y prolongado repique dió la réplica á la portera.

—No, dijo sor Ignacia, no sería posible tolerar esa molestia toda la noche. Anda, Estéfana, corre para que sepamos lo que es y quedemos en paz.

No hubo más remedio, acudió Estéfana á la portera; pero iba gritando con voz enfadada:

—¡Ya!... ¡Ya!... ¡Van!... ¡Van!... La última exclamación la lanzó al abrir el postigo y en las narices mismas de la persona que llamaba.

Era don Juan José Matute. Alto, blanco, fuerte, sonrosado, de cabellos albos y largos, echados hacia atrás de la oreja, de barba como la nieve rizada y larga, rostro benévolo y mirada cariñosa (no amortiguada por los diáfanos espejuelos con aros de oro que, prendidos de las orejas, llevaba á caballo sobre la nariz), infundía tanto respeto como simpatía. Llegaba hecho literalmente una sopa, á pesar del sombrero de anchas alas que le cubría y de la larga capa española que le envolvía desde la barba hasta los pies.

—¿Qué te pasaba, Estéfana? preguntó á la portera con dulzura. Hace quince minutos que estoy llamando.

—Andaba lejos, don Juan, contestó Estéfana mudando el tono de la voz; usted dispense....

—La verdad es, prosiguió don Juan entrando en el portal, que estoy fuera de hora. Pero las circunstancias lo exigen. Quiero hablar luego con sor Ignacia.

—Usted es de casa... para usted no hay reglamento. Pase, contestó la portera.

Y diciendo así, echó á andar por pasadizos y corredores seguida por Matute,

hasta que llegó al dormitorio donde se hallaba sor Ignacia.

—¡Hola! señor don Juan, exclamó la superiora al vislumbrar á Matute. ¿Tan bueno por acá? ¿Qué vientos le traen á estas horas y con tan mal tiempo?

—Un negocio urgente.

—Debe serlo, prosiguió la religiosa con gravedad. ¿Quiere usted que hablemos aparte?

—No, repuso don Juan con timidez; no es cosa reservada.

En aquel momento y en medio del asombro general, salió un grito de niño de debajo de la capa de Matute. Sor Ignacia miró asombrada á su interlocutor, y frunció el entrecejo...

—Ya se ve que la cosa no es reservada, observó con ironía.

—Mi secreto es á voces, articuló Matute con una sencillez que cuadraba perfectamente con su sonrisa de infinita dulzura; ya ve usted como tenía razón al declararlo así desde el principio.

Diciendo esto, abrió la capa y puso de manifiesto, bien apretado con la mano siniestra al amplio y robusto seno, otro niño que en aquellos momentos lloraba con altas é iracundas voces.

—¿Me hará usted la gracia de explicarme el enigma? continuó sor Ignacia, adivinando la significación del caso y sin

ablandarse por la actitud mansa y conciliadora de su interlocutor.

—A eso vengo, repuso Matute, á eso vengo... Este pobre niño es en cierto modo mi nieto. Su padre, Cirilo Sandoval, fué aguador de mi casa durante varios años, y, como era honrado y trabajador, me propuse protegerlo, casi como si hubiera sido mi hijo... Yo lo casé...

—¡Hola! ¡hola! ¡Usted haciendo oficios de cura! exclamó la madre con tono zumbón.

—Quiero decir, continuó don Juan José, que le ayudé pecuniariamente para que pudiera realizar su enlace... Y se casó en efecto, con Micaela, una india molendera á quien conoció en mi misma casa; excelente mujer... Los dos trabajaban y vivían bastante bien, al estilo de los pobres: en un cuarto con puerta á la calle, sin más menaje que un lecho humilde y algunas sillas de paja; pero nada les faltaba y la iban pasando muy contentos. En esto, hará como dos meses, enfermó Cirilo á consecuencia de una caída que sufrió al bajar la gradería de la fuente, y, sin que le valieran auxilios ni esfuerzos, murió á poco... El caso fué lamentable, y con frecuencia lo deploramos en casa. Juanita mi esposa, que es fatalista, me dijo á raíz del fallecimiento de Cirilo: "No creas, Juan, que en esto pare to-

co; vas á ver como Micaela va á morir-se también, y va á quedar en la calle el niño recién nacido"... Me espanté y casi me irrité por el pronóstico, y protesté contra él en alta voz; pero mi mujer insistió diciendo que ojalá no se realizase, pero que á ella le daba el corazón que se realizaría, y aun agregó que la fatalidad se gozaba en perfeccionar sus obras con esmero exquisito.... Pasó algún tiempo sin que hubiese otra novedad en la casa de Cirilo, y casi me había olvidado ya del incidente, cuando, hará como una semana, recibimos recado de que Micaela había caído en cama atacada de pulmonía. Juanita me vió, al oírlo, con ojos tan expresivos, que comprendí que-ría decirme: "¿Ya ves, Juan, cómo no me equivocaba? Ya cayó enferma Micaela; ahora vas á ver cómo se muere." Por fortuna no desplegó los labios, pues si hubiese hablado, me hubiera causado un disgusto; así que no me dí por entendido de lo que había querido decirme.... Y, efectivamente, ¿lo creerá usted, sor Ignacia? Hoy al medio día exhaló Micaela el último suspiro. Y lo peor no es eso, sino que ha dejado á esta pobre criatura en la última miseria y en el mayor abandono.... Estábamos á la mesa mi mujer, mis hijos y yo, cuando llegó la portera de la casa de vecindad donde vivía Micaela, á llevarnos la noticia, pa-

ra que dispusiésemos el entierro y lo que debía hacerse con el niño. Mi esposa y yo hemos resuelto, después de pensarlo bien, poner á la criatura en esta santa casa....

Sor Ignacia y las demás circunstancias habían oído el relato con vivo y manifiesto interés; cuando Matute acabó de hablar, la fisonomía de la superiora estaba ya seria y pensativa.

—Todo está bien, don Juan, dijo la religiosa, procurando disimular la emoción. La historia que usted acaba de relatar es muy dolorosa y me conmueve... Juanita y usted se han conducido como buenos cristianos; pero usted, mejor que nadie, conoce las condiciones en que se encuentra la Sala de Expósitos, y que cuenta sólo con diez cunas, como que usted mismo la ha fundado. Diez cunas con su correspondiente dotación de colchones, sábanas, almohadas, pañales, gorras, etcétera, cuestan mucho; y todo sin contar las diez nodrizas, que cobran fuerte.

—Pero, madre, observó Matute, un niño más ó menos, nada significa.

—Eso lo dice usted porque no tiene experiencia de lo que son estas cosas; pero significa mucho, muchísimo. Todo se desorganiza con esta falta de método... Además, aquí tiene usted precisamente á esa otra criatura (y señaló á Berta), que acaba de caernos como llovida del

cielo. Hace un momento que una desconocida, arrojando con el aguacero, lo mismo que usted, llegó á la portería, y ha dejado con engaño á esa niña en manos de Estéfana. ¡Qué quiere usted que hagamos con ella! No podemos dejar que se la coman los perros.

—Lo mismo digo yo, interrumpió Matute, creyendo haber hallado un buen argumento en boca de la madre; no podemos dejar que á este niño se lo coman los perros.

—Pero como son ya dos, no tenemos elementos para tanto. Es imposible. Si no fuera por eso, de mil amores. No sólo á él, sino á todos los expósitos, huérfanos y desamparados de la ciudad; pero no siempre los medios de que se dispone están á la altura de la voluntad.... Démelos usted y tráigame á cuantos quiera.

—Se refiere en la vida de no sé qué santo, objetó candorosamente Matute, que cada niño trae consigo una torta debajo del brazo.

—Veamos, continuó sor Ignacia, tornando á mostrar en el semblante una ligera expresión de ironía, veamos si es verdad.

Y diciendo así, tomó al niño de manos de Matute, y, con ademán cómico, se puso á examinarlo. Era feo, de color de chocolate, indio de raza pura; chato, de bo-

ca grande, ojos pequeños, frente deprimida y profusa cabellera negra y lacia.

—Pues no veo ninguna torta, exclamó sor Ignacia levantándole los brazos uno después de otro. Lo único que veo es que es un negrito de lo menos gracioso que se ha conocido.

—No tanto, madre, objetó sor Marcelina; en la cuna tenemos otros más feicitos.

—Usted no es voto, sor, repuso la madre. Para usted no hay niño feo; pero este es de encargo.

En el rostro de las asiladas, que se inclinaban hacia la criatura para observarla, se dibujaba un vago gesto de anticipación á la vista de aquel pobre y ruin vástago. Y se oyeron voces recatadas que decían:

—¡De veras es feo!

—¡Parece rana!

—¡Parece sapo!

—¡Qué diferente de la niña!

—¡Como del cielo á la tierra!

—Eso no significa nada, protestó sor Marcolina, imponiendo silencio á aquellas exclamaciones; pues ¿qué! ¿tiene esta casa por objeto hacer el bien sólo á los seres hermosos? Si á eso nos atuviésemos, ¿cuántos de los que estamos en ella tendríamos que salir de aquí como disparados!.... Yo la primera, agregé con verdadera ó falsa modestia. Por for-

tuna no es eso, sino que tiene un objeto más elevado: proteger á los pobres, sean quien sean, como quiera que se llamen y cualquiera que sea su rostro. Y aun, á mi modo de ver, los feos merecen más compasión que los hermosos, porque la gente hermosa tiene en la cara su carta de recomendación, como suele decirse; mientras que de los feos nadie se duele, como si no fuesen también hijos de Dios.

—No se trata de eso, sor, saltó sor Ignacia penetrada de la verdad de aquellas reflexiones. Ya se ve que aunque este niño fuese más feo que Picio, le habríamos de recibir en esta santa casa, que sólo se inspira en los sentimientos de la caridad evangélica; lo que pasa es que carecemos de los recursos necesarios para echarnos á costas una nueva carga, y que somos pobres, muy pobres, y aun hacemos más de lo que podemos....

—¿De suerte que se niega usted á recibir á este pobre niño? interrogó Matute consternado.

—No, no tanto, repuso sor Ignacia, procurando eludir el rigor de la respuesta, no tanto. Déme usted lo indispensable para atender á las necesidades de la criatura, y la acepto, y no sólo á ella, sino á todas las que quiera usted recoger en los umbrales de las puertas ó en los pórticos de los templos.

—Harémos un esfuerzo, madre, exclamó

no sor Marcelina. Ya acomodamos á Bertita, ahora veremos cómo podemos acomodar á este otro niño.

—Ya la viera á usted en mi lugar, sor Marcelina, contestó sor Ignacia. Fácil es mostrar tanta misericordia como la suya, sin llevar á costas la enorme responsabilidad que pesa sobre mí; pero cuando es uno quien se apura por conseguir cuanto se ha menester, y el yunque sobre el cual caen y golpean todas las exigencias y disgustos, entonces tiene que conducirse de otra manera.

—Yo no lo decía por tanto, madre, repuso humildemente sor Marcelina poniéndose como la grana; bien sé lo que usted se afana y trabaja por todos nosotros.

Entretanto permanecía Matute en silencio y como reflexionando. Al fin dijo:

—¿De suerte, sor Ignacia, que la única dificultad que tiene usted para recibir á esta criatura es la falta de recursos?

—No es otra.

—En tal caso, concluyó el anciano, todo está arreglado.

—¿Cómo? interrogó sor Ignacia.

—Comprometiéndome yo, prosiguió aquel, de la manera más solemne, á suministrar cuanto se necesite para el sostén de mi recomendado. ¿Cuánto se habrá menester para proveerle de lo indispensable?

—Bien está, don Juan; pero, ¿qué va usted á hacer para cumplir el compro-



miso? Nada brillante es su situación.... Se necesitarán como veinticinco duros.

—Sabré tomar mis medidas. Mañana, antes del medio día los tendrá usted. ¿Le basta mi palabra?

—Tanto como una escritura.

—La doy.... ¿Está, pues, cerrado el trato?

—Cerrado, don Juan, repuso sor Ignacia; pero queda entendido que no me ha de abandonar en lo tocante á este niño...

—Sólo que me muera; puede usted estar segura de ello.

—Sor Marcelina, continuó la superiora, ya que es usted tan compasiva, tome á su cargo el resolver este nuevo problema.

—No tenga cuidado, madre; verá cómo lo arreglo, contestó la interpelada. ¡Bendito sea Dios!

—EL lo ha de pagar á ustedes, repuso Matute.

—Así sea, concluyó sor Ignacia.

Una vez tomado aquel camino, no sólo volvió el buen humor al espíritu de la superiora, sino que irradió la felicidad por todos los poros de su austero semblante.

—Y á propósito, don Juan, continuó, aun no nos ha dicho usted cómo se llama la criatura, ni qué edad tiene, ni si está ó no bautizada.

—En efecto, repuso Matute, me iba olvidando de comunicar á usted esos da-

tos. Se llama Joaquín Sandoval, tiene ocho meses de nacido y está bautizado ya.

Las asiladas volvieron á murmurar:

—¡Ocho meses!

—¡Qué mal empleados!

—¡Parece que acaba de nacer!

—¡Es, como un ratoncito!

—¡Silencio, niñas! interrumpió sor Ignacia. ¿No han oído lo que acaba de decir sor Marcelina? La pequeñez y la debilidad son defectos que no vienen de la voluntad, lo mismo que la fealdad; todo viene de Dios.

—Así es, dijo don Juan, lanzando desde la elevación de su arrogante estatura, una suave mirada sobre el grupo; todo viene de Dios. Niñas, hay que compadecer á los pobres, á los feos y á los débiles, que bastante infelices son sólo por serlo. Y no sólo eso, sino que hay que dar gracias á Dios cuando se ve uno libre de esos ú otros defectos que pudiera tener, y que no tiene sólo por efecto de la divina misericordia.

Comprendiendo las asiladas la profunda verdad de aquella breve homilía, quedaron confusas; tanto más cuanto que la mayor parte de ellas tenía todas esas desgracias juntas: fealdad, pobreza y debilidad.